

LA GUERRA DEL AGUA

En el sureste sediento, donde la lluvia, pese a las rogativas, es más veces maldición que bendición, desciende el nivel del agua de los pozos hasta el punto que muchos acaban secándose, anunciando que muy pronto se secarán también los árboles y la miseria se instalará en la bendita tierra.

En algunos pueblos de Alicante, hace ya mucho tiempo que de los grifos solo sale agua salada y el líquido elemento se raciona drásticamente. No obstante, paradojas del progreso, sigue imparable la construcción de chalets, piscinas y apartamentos.

Aunque el agua de muchos ríos españoles se pierde en el mar, el anuncio de Plan Hidrológico Nacional ha hecho sonar los tambores de guerra. Se avecina la guerra del agua, el elemento esencial para la vida. Ya no habrá agua mineral, agua tónica, agua bendita, ni siquiera agua de azahar para aliviar los soponcios de la batalla que está a la vuelta de la esquina. Ahora solo será agua pura y dura, para una guerra sucia y sin cuartel como todas las guerras.

Desde los medios de comunicación, los políticos, nadando entre dos aguas, van a entrar en batalla sin entender nada de geología, hidrografía, pluviometría ni de ninguna rama de la ingeniería. Llevarán la voz cantante, hablarán, opinarán y pontificarán –en busca de votos- en razón a lo que su partido considere políticamente correcto para sus siglas.

Es posible que surja un nuevo nacionalismo, el nacionalismo del agua. Un nacionalismo primario, como todos los nacionalismos, dispuesto a unirse con el demonio para no perder el agua. Hace 2000 años Jesucristo ya veía venir esta tragedia y añadió una parábola diciendo: “Dar de beber al sediento”. Pero, a la España profunda le faltó tiempo para contestar en con un grito feroz del más rancio refranero: “Al enemigo, ni agua”.

Quizá esta guerra sea el milagro de una nueva vertebración de España en función de los ríos. Y de la España de las autonomías se pase a la España de las Cuencas Hidrográficas. Con lo cual los nacionalismos solo estarían en función de los grandes ríos, desapareciendo así las diferencias lingüísticas y culturales. Unidos por el vínculo del agua solo nos diferenciaríamos por el nombre de río.